

magníficos placeres de la amistad, a la cual los tres somos fieles, porque conocemos que es una de las cosas más buenas del mundo. Es una magnífica fuente de alegría, que nace directamente del corazón. ¿Estáis conformes? Pues entonces, como si cenáramos juntos para festejar la entrada del Año, levantemos el vaso (no siempre se ha de decir copa levantando un vaso) y brindemos por las cosas grandes y entre ellas por nuestra amistad, alegre, profunda y llena de garbo. Por ti, Emilio, por ti, Rafael: por los tres, cris... cris...cris. (Hasta el sonido de los vasos). Os habéis bebido el champán-peleón de un trago. (Prohibido beber en el gollete de la botella). ¡Adiós, adiós! Escribe, Emilio. A ti, Rafael, te espero.

Miles de abrazos a los dos.

Vicente

¿Van bien tus señas? Dímelo.

Madrid, 13 de noviembre 42

Querido Emilio: tengo una carta tuya que me está ahora mismo increpando por el tiempo pasado desde que la recibí. Hace un mes te hubiera contestado, pero ese tiempo llevo sin buena salud y con una desgana total para la pluma. La compañía de mis amigos me anima, pero algunas molestias de riñón y un estado general poco satisfactorio me tienen desconocido: no escribo nada, ni siquiera cartas. Quisiera que el tiempo pasara deprisa, a ver si su paso me sacaba de este estado y me volvía a mi ser, a mi equilibrio apasionado, sin el que me desconozco. ¡Cuántas veces pienso, y me siento, en este cuerpo-cárcel que me ha tocado vivir! Mezquina prisión para un alma robusta que se siente oprimida. Tristeza o ira, una tensa melancolía me proveen estos largos días y semanas, con vaticinios inciertos y pesimistas para mi salud, desde este cuerpo que siento ahora tirar hacia abajo, mientras el espíritu, con sus alas intactas, no se conforma y se debate en la desesperada impotencia. ¡Pobre de mí, que no nací para la habitación donde me asfixio!

Pero déjame que me olvide un rato charlando contigo. Tu alegría, tu contento y esa actitud como de «jugársela» a la vida feroz, me agradan y alivian ahora mientras te evoco escribiéndote en esta noche desapacible, primera de un invierno terrible.

Por Rafael sé que pronto irás a Talavera a la boda de tu tía María. ¿Arreglarás entonces tu definitivo abandono de ese crítico continente, poco amable ciertamente en el presente curso? Ya lo voy dudando. Me parece que tu servicio entero te lo vas a cargar en esa Ceuta de tus pecados juveniles. Lo siento, Emilioto; me gustaba verte asentado por aquí, y disfrutar de tu compañía en muchos buenos ratos, continuadores de tan-

tos otros, desde los primeros que compartimos hace ya casi siete años en la amable cercanía y trato de nuestro inolvidable «Gualterio».

Algunas veces, entre mis libros, entre mis escritos, me acuerdo de él, tan bullidor y comprensivo, tan silencioso y tenaz en sus signos de inteligencia. ¡Qué buena compañía me daba! Su ojo benévolo solía entender sin duda, y el lujo de su brillante movilidad.

Versos no te voy a mandar ahora. Si al fin te quedas en Madrid allí nos veremos en octubre cuando yo regrese; allí te leeré todo lo que tú quieras.

Ahora trabajo poco, pero he trabajado bastante y tengo muchas cosas que no conoces y que se agrupan para mi futuro libro de *Sombra del Paraíso*¹². Espero que aun cuando no te quedes fijo en Madrid, a tu paso nos veremos, si es tu regreso a África después de los primeros días de octubre.

De nuestro Rafaelazo sabrás que salieron al fin, en laboriosísimo parto, sus sonetos en *Escorial*. No he visto el número, pero sí las pruebas. Antes habían salido en *Medina* dos poemas o tres de nuestro amigo. Ahora está el poeta hecho polvo en su campamento estival, haciendo una vida algo dura y arrojando venablos en todas sus cartas. Está el hombre que *muerde*.

Le suspendieron en griego y en latín. Para idiomas es, me parece, poco fluido, quiero decir, bastante «negado», lo cual no quiere decir sino que su lengua y mente son tan de esta tierra castellana que se resisten a adaptarse a otra expresión. Tales suspensos complican su curso del año que viene. Dios quiera que pueda sacar adelante el curso entero próximo más esas dos asignaturas rezagadas.

José Luis está imprimiendo su libro de *Sonetos de la Bahía*, donde hay una luminosidad y un brillo, melancólico o embriagado, que te gustarán. Ama a su bahía con sentimiento de fusión amorosa, y se trasfunda con ella con sabor de cuerpo humano, tangible o añorado.

Carlos Spiteri también imprime su libro —de edición privada— *Hasta que la voz descanse*. Libro abrupto y pedregoso, se salva por algunos destellos de poesía verdadera en medio de un instrumento verbal que se le resiste.

De Pepe no sé este verano. Antes de venirme me leyó dos guiones de cine. Estaban muy bien y me alegraría se los rodasen. Para la poesía está pedregoso, él que es tan poeta de alma y de sangre. Le regañó mucho y él se ríe. Vive y se divierte: hace bien.

Bueno, Emilio, no dirás que no te cuento cosas. Escríbeme de vez en cuando: yo contesto siempre. Hazlo cuando tengas ganas.

Y no seas réprobo. Entonces tendrías que borrar tantas dedicatorias como te puse en *La destrucción o el amor* y el libro mismo un día se «desintegraría», se haría humo y desaparecería un día que fueras a buscarlo.

¹² Publicado en 1944.

En nombre de la sección de «recuperación» te envió un fuerte abrazo, intercontinental, en el día de tus 23 años, X meses y X días.

Vicente

La Toja, 5, septiembre 1943

Querido Emilio: ¿te sorprende saberme aquí, en esta islilla encantadora adonde me han mandado tu carta? Nos hemos venido aquí, en busca del mar. Lo teníamos planeado desde la primavera pasada. Está mi familia de Españolito y ellos han sido los animadores, aunque la fuerza principal sea la atracción del mar, que a mí me da vida, me exalta. Llevo aquí nada más que tres o cuatro días y gozo enormemente, en esta diminuta isla paradisíaca, posada suavemente sobre un brazo de mar, y poblada de un bosquecillo de pinos, y de palmeras, bajo un viento marino fuerte que halagadoramente te bate el pecho, las piernas, el cuerpo todo, y te llena de alegría y de vitalidad y de deseo.

El viaje fue agotador, porque esto es «la fin del mundo»; pero no estoy arrepentido, aunque llegué hecho migas. El mundo queda lejos. No hay radio, los periódicos o no llegan o llegan viejísimos. Aquí no nos enteramos de nada, lo que no es poca dicha. Queden allá los hombres con sus violencias y sus asechanzas y sus destrucciones; aquí el mar azul, la espuma leve, la delicada gaviota, «la arena no pisada por la planta del hombre»: aquí la naturaleza sometiéndome a su unidad, y yo dichoso en mi «unidad en ella».

Un instantáneo olvido me hace feliz, y con agradecimiento llevaré más tarde esta islilla mágica a mi *Sombra del Paraíso*, donde tiene que estar, allí con otros paisajes, como la «Ciudad del Paraíso» (¿te acuerdas?), mi Málaga¹³. Todo sublimado y unificado en un paraíso donde yo ahora, antes o después he sido dichoso. Eso es, más o menos, mi libro: evocación de tierras o edades donde el ala de la felicidad me rozó con su pluma... o donde pudo rozarme. Evocación dolorosa porque se hace ante un bien perdido. (Yo soy un poeta romántico.)

Tu carta me [ha] alegrado muchísimo. Te confieso mi pereza en escribirte. Acaso influyó, ya ves, mi creencia de que el perezoso serías tú en contestarme. Gran Emiliote: el réprobo he sido ahora yo y tú el constante y fiel.

Me das además la agradable sorpresa de un nuevo poeta, amigo tuyo, en trance de nacimiento. Julio Maruri¹⁴: no es mal nombre. Suerte ha

¹³ Aleixandre nació en Sevilla (1898), pasó su infancia en Málaga y se estableció definitivamente en Madrid en 1911.

¹⁴ Julio Maruri, poeta santanderino (1920). Sus primeros libros fueron *Las aves y los niños* (1945) y *Los años* (1947). Ingresó como novicio carmelita en 1950 con el nombre de fray Casto del Niño Jesús.

tenido con encontrarte, a ti que oportunísimo le salvas de su naufragio y le guías hacia la poesía, hacia donde pueda encontrarse y hallar su corazón, y alentar y exaltar su capacidad de entusiasmo. Esto es lo primero para un poeta naciente: sumirse en una atmósfera de entusiasmo, y con verdad y con desnudez empaparse de una luz que le sea fértil.

Las palabras que él te escribió, sin saber que yo las leería, han despertado mis simpatías, precisamente por la desbordante sinceridad de su entusiasmo. Se le ve emocionado, arrancando enseguida con vértigo en un poema caudaloso, enormemente sincero, donde se presiente sin vacilación el temperamento de un poeta. ¡Bien por tu amigo Julio!

Su generoso fuego, que le hace irrumpir, según me dices, en otros seguidos ocho o diez poemas de vena semejante, me hace ver que no es el maestrillo incipiente que trabaja sus versos en palitos, sino el muchacho que peca por exceso (que así no es pecado) porque le sale del pecho un borbotón que luego habrá tiempo de reprimir y de adensar. Las juveniles facultades están ahí, y ay del poeta joven que empieza estreñidamente sacándose un soneto o una décima después de sudar el quilo y le sale una especie de pálida «cagadita». Ese está perdido y puede despedirse de su poeta.

Cuando estemos de vuelta en Madrid me gustará que le lleves por Velintonia¹⁵, para que entre en nuestra atmósfera, si eso ha de ser para él una alegría. Ahora ya le puedes decir que me has hablado de él y que estoy contento de saber que existe. Por lo que tú me dices, por sus versos y por las entusiastas palabras que te escribe y me mandas, veo que seremos amigos.

Del otro asunto de que me hablas estaba algo enterado por José Luis, que me lo escribió. ¡Qué tío más malo! ¿Y quién es? No me acuerdo de él exactamente; pero se le ve terco en el rencor. Se le ve la rabia de la impotencia. Debes despreciarle. Cuando vea que no te pueda hacer ya daño, cejará en su furor. Sólo merece que le escupas.

Nada de Rafael, que no me escribe hace mucho, aunque tiene o debe tener una carta mía hace un mes.

Al mismo tiempo que la tuya me llega una carta de Vicente Gaos. ¿Sabes que está planeando la fundación de una Editorial? Está muy entusiasmado y también lo estaba José Luis; pero últimamente me escribe éste de fallidas y quebradas editoriales [*falta el final de la carta*]... [*falta el principio de la carta*] permitía a la absorta imaginación contemplarle su fatiga, con vuelo y descanso al mismo tiempo, quietamente disparada desde sus giros a la región de los sueños, donde otros peces simultáneos daban descanso y estímulo también a otras almas sin cuerpos.

¹⁵ Velintonia núm. 3, hoy calle Vicente Aleixandre, donde vivió y murió el poeta.